

(02041)

## Deporte institucional

La Cama es una lujosa cafetería en la zona más chic de Mospintoles. En nuestra ciudad no existe un barrio pijo, pues su población es eminentemente proletaria, aunque sí existen urbanizaciones de esas que cuentan incluso con vigilancia privada, pero no están cerca del núcleo urbano.

María Reina proviene de una clase media alta, y gusta del confort que permite el dinero. La Cama se ha ido convirtiendo en su establecimiento favorito, al punto de gozar de algún trato de favor, como reservarse ciertos espacios para ocasionales reuniones con su grupo de colaboradores.

Octavio Hermosilla es el dueño de La Cama. Un empresario todoterreno. Las malas lenguas llaman a la cafetería La Lavandería; corre el rumor de que a través de este negocio Octavio blanquea dinero de la forma más sencilla...

Si el negocio es deficitario, de lo que todo Mospintoles está convencido, a juzgar por la cantidad de empleados a los que da trabajo y lo espacioso del local, siempre más medio vacío que medio lleno, presenta saldos positivos en la delegación de Hacienda. Y si el beneficio es escaso, cosa más que probable le pese a quien le pese en Mospintoles, declarará ganancias abultadas en sus declaraciones. Así se gestan las leyendas urbanas, antiguamente llamadas rumores. Aunque el sabio refranero castellano dicta que cuando el río suena...

La amistad que genera el trato constante entre la asidua clienta y el atento anfitrión —cuentan que antiguo prospector de minas en Sudamérica— permite que Octavio se tome la libertad de invadir el espacio personal de María.

Ella, sentada en uno de esos rincones existente en todo negocio hostelero que permite una visión estratégica del establecimiento, precisamente bajo un colorido cuadro con la estampa de un viejo minero con su mula, le saluda con una sonrisa cuando él se acomoda enfrente, al otro lado de la mesa.

María, que de torpe no tiene nada, barrunta que va a tener que utilizar todo su saber hacer y todo su saber estar en la conversación que se le viene encima. También sabe que en esta ocasión estará invitada, por lo que decide abusar y se pide una nueva consumición aprovechando que uno de los camareros pasa por su lado.

Por lo menos, piensa María, de tener que aguantar inconveniencias, hacerlo con el estómago lleno.

Octavio tiene confianza suficiente como para dirigirse a ella sin ambages:

—María, invita la casa... Pide lo que quieras...

—Gracias, Octavio, no quisiera abusar...

—Quizá en esta ocasión sea yo quien vaya a abusar de tu amabilidad. Hay algo que quiero preguntarte.

—Tú me dirás...

—Sabes que mi hijo es campeón de la Comunidad de Madrid de ralis. Es un deporte caro...

—¡Cómo no saberlo! Mospintoles no es tan grande. ¿Cómo está?

—Con ganas de debutar en el campeonato nacional.

—Me alegra. Tengo entendido que es un joven prometedor. Ya sabes que la otra pasión de Sebas son los deportes de motor. Me tiene al tanto de cada carrera que gana tu hijo.

—El caso es que este año va a necesitar patrocinadores algo más ambiciosos. Los gastos se multiplican por diez al dar el salto al nacional.

—Supongo que tendréis la mente en algunas empresas incluso de fuera de Mospintoles. No os habrías decidido a dar ese paso si no fuera así.

—En realidad aún no está decidido; todo está condicionado a que aparezcan esas aportaciones.

—Entiendo... Quizá pueda mover alguna pieza para que alguna empresa se interese por vuestra propuesta. Pero no voy a poder garantizarte nada.

—De eso precisamente quería hablarte. No hace falta que te diga que el ayuntamiento contribuye con una cantidad para que Gerardo represente a Mospintoles. Y me preguntaba si fuera posible renegociar ese contrato al alza ya que ahora el chico va a representar a Mospintoles a nivel nacional.

María se queda mirando a Octavio con esos ojazos inescrutables que pone cuando la ocasión lo requiere, y congelando esa media sonrisa natural que te subyuga al punto de anular tu pensamiento.

—¿Representar a Mospintoles? No entiendo...

—Sí, en categoría nacional.

—Pero... ¿cómo va a representar a Mospintoles?

—Lleva la pegatina del ayuntamiento en el casco y en un lateral del coche.

—¡Ah!, bueno..., lo que me quieres decir es que lleva publicidad institucional.

—Bueno, eso..., representando a Mospintoles.

—Pero esa publicidad la lleva a cambio de un dinero que le paga el ayuntamiento en concepto de publicidad institucional, aunque no quede muy claro el alcance de la repercusión de esa publicidad.

—¿La repercusión?

—¿Sabrías explicar en qué beneficia esa pegatina a Mospintoles?

—En que el chico representa a Mospintoles allá adonde va.

—¿Y cómo se sustancia esa representación?

—En que lleva el nombre de la ciudad allá por donde va. Y ahora es el campeón.

—Pero, Octavio, un deportista no representa a una ciudad, no al menos en un estado democrático. Quien representa a la ciudad es Segis, pero no como Segismundo Álvarez Colón, sino como alcalde electo.

—¿Me vas a decir ahora que Nadal y Alonso no representan a España?

—Creo que no. Nadal se representa a sí mismo, y Alonso representa a una empresa: Ferrari. El año pasado representó a Renault.

—¿Y por qué entonces llevan la bandera de España?

—Quizá porque les dejan llevarla. Mira, Octavio, a España la representan las personas que hemos tenido ocasión de elegir directa o indirectamente, les hayamos dado nuestro voto o no.

—¿Directa o indirectamente?

—Al presidente del Gobierno le hemos elegido entre todos, en estos momentos el señor Rodríguez Zapatero. Al cuerpo de cónsules y embajadores no, pero ellos sí que representan a España.

—¿Y la selección española de fútbol? No me vas a decir que no representan a España...

—¡Uy!, esos tampoco. Ni siquiera representan a la federación española de fútbol. A la federación la representa su presidente, elegido mediante sufragio no universal entre los afiliados a esa federación.

—¿Y a quién crees tú que representa la selección española de fútbol?

—Pues representa al fútbol español. Como está estructurado piramidalmente los que están en la cúspide con toda probabilidad son los mejores.

—O sea, que Torres, Casillas y Pujol no defienden los colores de España.

—Siento mucho tener que abrirte los ojos de forma tan brusca, pero esos señores que duermen en hoteles de cinco estrellas no defienden a España. En primer lugar España no está amenazada por un partido de fútbol, y en segundo lugar quienes sí defienden los intereses españoles son nuestros soldados, que duermen en camastros, tragando arena del desierto en Afganistán.

—Me sorprende, María, que una político de la proyección que tú tienes me venga ahora con ideas tan descabelladas.

—Octavio, eres empresario... Uno de los empresarios más activos de esta ciudad. Creo que te estás dejando llevar por una idea que no se sustenta aunque sea enarbolada constantemente por la prensa deportiva. ¿Crees que la asociación de hosteleros de Mospintoles, de la que eres presidente, representa a Mospintoles?

Octavio se toma un respiro. Esta última pregunta le acaba de azotar el cerebro como un látigo espabila una caballería remolona. ¿Qué diferencia puede haber entre la asociación que preside y una federación o un club deportivo?

—María, nuestra asociación de hosteleros es una asociación privada, y por supuesto sólo nos representamos a nosotros mismos.

—Octavio, tanto una federación como un club deportivo son entidades privadas. Se recoge en sus estatutos.

—Ya veo...

—Pero pásate esta semana por el ayuntamiento y negociamos esa mejora en el contrato de publicidad institucional que el ayuntamiento tiene con tu hijo... para que pueda representarnos más dignamente.